
Tahar Ben Jelloum*

MORIR COMO ELLA

Traducción de José Luis Rivas
(México)

Ayer murió tu abuela. Se fue en la mañana, con el alba. Dichosa y bella. Con un lucero en la frente y un ángel en cada hombro. Su última mirada era para tí. También dijo que el sol de ayer era tuyo, para tus manos frías, que están lejos de nuestro país; y que tienes que casarte. Sonrió, luego se marchó a caballo. A nosotros nos pareció un caballo alado. Desde nuestra terraza vimos abrirse el cielo del crepúsculo para recibir una pequeña estrella. Puede verse ahora desde cualquier parte. Te echamos de menos. Era de veras una fiesta. Respetamos tu voluntad: no lloramos ni gemimos en el momento en que el ataúd cruzó el umbral de la casa. Nos perfumamos con maderas, incienso del paraíso. El jardín donde le gustaba orar estaba cubierto de azahares.

Recuerdas sus silencios entre dos oraciones; cada arruga era una ternura. Con nosotros habita desde entonces la paz y la luz de ese día. La bañamos, la perfumamos con agua de rosas y de jazmines. Se puso contenta con su frescura. La cubrimos con el manto que compró hace mucho tiempo, acaso antes de que tú nacieras. Cada vez que había fiesta, ella lo perfumaba. Es ese mismo manto que mandó a la Meca, donde pasó tres días y tres noches. Ella, que no sabía escribir, dibujó rosas y estrellas en aquel lienzo. Lo guardaba con todo cuidado en el fondo de su maleta.

Nos decía (¿te acuerdas?):

“Vestida con el traje más hermoso es como quiero llegar ante el profeta. Su luz, su claridad, su belleza valen la fortuna de morir. He vivido feliz entre el calor de vuestros brazos, de vuestras manos. Perdí a mi esposo y a mi hijo más guapo, flor arrancada por el sol de agosto. Jamás me he sentido viuda. Mi hogar era la casa de cada uno de vosotros. Ahora me conceden otra dicha: ir al jardín de Dios, allá, muy cerca del sol. Nací hace tanto tiempo, antes de que llegaran los cristianos. Haz la cuenta, ¡verás que fue hace casi un siglo! ¡La vejez! ¿Quién ha hablado de vejez? Si yo no tuviese un poco cansado el corazón... Pero ¡eso qué importa!... ¡Que venga la muerte, pero del cielo azul y no de las cenizas!”

No murió en un hospicio ni en la soledad de un cuarto arrinconado en el fondo de un corredor. Se apagó muy despacio en su hogar, en la casa del mayor de sus hijos.

* Poeta y novelista marroquí. Premio de la Academia Goncourt (1987) con su novela *La noche sagrada*. Es autor de los siguientes libros: *Herronda* (novela), 1973; *La réclusion solitaire*, 1973; *Moha le fou, Moha le sage*, 1980; *Le prière de l'absent*, 1982; *L'enfant de sable*; *Les mandiers son morts de leur blessures* (poesía), 1976; *A l'insu du souvenir* (poesía), 1980. A este último libro pertenece el poema aquí publicado. *La gaceta* del fondo de Cultura Económica de México, quien nos ha autorizado la publicación en Colombia de esta traducción, presenta a Tahar Ben Jelloum así: "... nació en Fez, Marruecos, en 1944. Hizo estudios de filosofía, titulándose con una tesis de psiquiatría social. Es asiduo colaborador de *Le Monde* [...] A él debemos también una antología de la nueva poesía marroquí: *La memoire future* [...]”.

El soneto alejandrino “Leyendo *Oro de alquimia*” de Rubén Darío, que se publica por primera vez en España, no figura en las *Poesías completas* recopiladas por Alfonso Méndez Plancarte (*Aguilar*, 1968), ni fue recogido en mi libro de *Poesías inéditas* (*Visor*, 1988).

El tema es la lectura del libro de cuentos y prosas, titulado *Oro de alquimia*, del escritor venezolano Alejandro Fernández García (1876-1939). Fue publicado en la revista *Relieves* No. 5, Maracaibo, Venezuela, 15 de agosto de 1911. Por la fecha podemos asegurar que Darío lo escribió en París. Posteriormente, fue descubierto y reproducido por Roberto Ibáñez en *Páginas desconocidas de Rubén Darío*, Montevideo, Biblioteca Marcha, 1970 [...].

Con este soneto se completan un total de ciento treinta y tres que Darío escribió a lo largo de toda su vida. Tiene la particularidad de que los serventesios acentuados en agudo en los versos pares (A[́]B[́]A[́]-A[́]B[́]A[́]) es una rima casi exclusiva de la época de *Azul...*, entre los años 1887 y 1889, donde se registran quince de los veintiséis casos en que utilizó dicho esquema. En cuanto a los tercetos (CC[́]D[́]-CC[́]D[́]), es el único ejemplo de combinación de rima, y la segunda vez que Rubén hace uso del verso esdrújulo después que lo hiciera en el soneto heptadecasílabo “Venus” de *Azul...*

RICARDO LLOPESA

LEYENDO "ORO DE ALQUIMIA"

Debe ser un antiguo monje que en el moderno siglo del aeroplano y la electricidad, descifra áureos problemas con un rigor eterno de fina contextura y voluptuosidad.

Evoca a Claudio Frollo, y vive en sempiterno sigilo sobre un viejo libro de cristiandad, y copia garabatos al margen de un infierno de lascivia, que tiene en su alforja de abad.

Juzgo que en el lejano tiempo se oirá este irónico cantor, que supo huírle al clavicordio afónico de las majaderías del frívolo Estambul;

pasarán sus canciones como un rumor oceánico ante los ojos agrios donde hubo puesto pánico el aletear sonoro de su bandera azul.

(París, 1911)

Abraham Salloum

DOS POEMAS

Penélope

No supo el viajero que Penélope había atravesado el umbral de la paciencia y que de su boca hubiesen salido otras palabras distintas al amor y a la espera. Cada mañana, luego de deshilar el sueño y de romper un nuevo espejo para alejar el maleficio, veía hacia el mar deseando que la ausencia no terminase. Cumplido el matinal destino, Penélope regresaba a sus entrañas y comenzaba de nuevo la infinita odisea del olvido.

Mas, una mañana, el sueño y la espera trajeron el rumor de aquél y de sus huellas destruyendo la pasión de Itaca por la inasible princesa del silencio. Ulises había regresado. Ese día Penélope fue, como siempre, a mirar el mar de su destino y supo.

Cuando Ulises llegó hasta la habitación y la vio, también supo. Penélope había iniciado el viaje hacia otro tiempo donde sólo existe un jardín cuya fragancia es el recuerdo.

Salomé

No existen sentimientos más simpáticos entre sí que el amor y el odio. De uno se pasa al otro sin que ninguna dificultad impida su encuentro repentino, inmediato. Así le sucedió a Salomé con respecto a Juan el Bautista.

Salomé había visto a ese hombre que, a orillas del Jordán, bautizaba a las muchedumbres y anunciaba la llegada del Mesías. Había escuchado sus palabras dichas siempre, como si fuera la última vez. Se había fijado en lo largo de su cabello y barba, en su flaco cuerpo de insomne y, sobre todo, en sus oscuros ojos que parecían no necesitar de ninguna luz para alumbrar la inmensidad.

Salomé, en algún momento, estuvo cerca de Juan El Bautista y lo quiso para sí, pero fue rechazada. Insistió y únicamente encontró palabras que pedían arrepentimiento. Entonces empezó a maldecir el oasis y a desear su muerte.

Una noche, cuando en Oriente no hay otra luna que el destino, Salomé estuvo segura del hoy y supuso el definitivo futuro del Bautista. Pidió al Rey, ante el cual había danzado con la milenaria pasión de su cuerpo, la cabeza de Juan y le fue concedida.

Desde aquella noche hasta su muerte, Salomé no dejó un día de ir a contemplar el Jordán y esperar que sus profundidades respondieran al destierro de su alma.